

# La Veleta



Lunes, 4 de marzo de 2019

Editado por Zoróndoba de Arte y Literatura

Gacetilla de errática aparición y orientación dudosa

Avisos, anuncios, noticias y chismes varios

Número CLXXXVIII

laveleta@zorondoba.com

Director: Sancho Viñetas

*(Un colaborador nos ha enviado bajo la firma de Luciano de Samósata el diálogo que reproducimos. Hemos consultado los famosos Diálogos que el eximio escritor sirio escribió en el siglo II y, como cabía esperar, éste no lo hemos encontrado, por lo que lo consideramos apócrifo. No obstante hemos decidido publicarlo así, pues nos parece pertinente y hasta divertido. Por nuestra parte sólo hemos añadido una ilustración de nuestro pintamonas para ilustrarlo).*

## En el Hades (Éaco y Menipo)

Luciano de Samósata



ÉACO: Dime, Menipo, quién es aquél que allá en lo más negro de este oscuro reino gime, solloza y se lamenta en soledad con tan gran desconsuelo.

MENIPO: ¡Oh, es un general de gran fama, Éaco! Desde que Caronte lo trajo a esta orilla estuvo callado y no había dado un ruido... Esta forma de comportarse le ha sobrevenido de repente.

ÉACO: ¿Un famoso general, dices? ¿Y cómo es que no está cerca de Anibal, de Alejandro y de tantos otros héroes de esa especie como tenemos por aquí?

MENIPO: Esos que mencionas ni lo han visto ni, si él se les hubiera acercado, lo querrían a su lado, Éaco. Están muy pagados de sí mismos y albergan dudas sobre las capacidades de éste.

ÉACO: ¿Pues no dices que es famoso también y de su oficio? Algo te callas, bribón. Lo advierto en el rictus de tu proverbial socarronería. Cuéntamelo para que así también yo pueda divertirme.

MENIPO: Bien mirado, la cosa es como para troncharse de risa, Éaco. Un recién llegado que, medio mareado, se aventuró en la oscuridad por aquel lado, se dio de bruces con él y le espetó con pelos y señales lo que por arriba estaba ocurriendo... El famoso general entró en el calamitoso estado en el que ahora lo ves nada más conocer las novedades.

ÉACO: ¿Y qué novedades eran esas? ¿Su desagradecido pueblo no honra su memoria como es debido? ¿Acaso no acopió muertos bastantes, no ganó grandes batallas, no guio con acierto a las muchedumbres a su cargo?

MENIPO: Pues ahí le duele, Éaco. Muertos sí que cosechó en abundancia, pero los más lo fueron por sentencias prevaricadoras y asesinatos, no por medio de nobles acciones guerreras. Y en lo de guiar al pueblo, no parece sino que lo maniató y amordazó y lo llevó a rastras durante decenios. De ahí que los actuales regidores de su patria hayan decidido retirarle los honores y bajarlo de su pedestal.

ÉACO: ¿Y quién lo había colocado en tan preeminente lugar si, como dices, no ganó su fama de modo intachable? ¿Acaso las gentes de aquel pueblo son todos locos o estultos?

MENIPO: Al pedestal, Éaco, se había subido él mismo. Por eso, aunque trágica para muchos, su aventura ha acabado siendo al final jocosa para todos y patética para él.

ÉACO: Esto es lo que se llama justicia divina, Menipo. No me extraña que al topar con ella el general haya caído en ese estado del que ya nadie lo rescatará. Pasar de famoso a infame ha sido un justo castigo. Pero cuéntame algo más de sus andanzas y vayámonos pronto al otro extremo, que no soporto una visión tan ridícula, por más que a ti, cínico incorregible, te resulte risible y gozosa.

MENIPO: Sea, Éaco... Pues parece que, en su desfachatez, el general generalísimo tomó el noble título de caudillo, cuando, por lo que cuentan, no fue sino un carcelero con ínfulas. Y ya en el colmo de su delirio, se erigió a sí mismo un monumento funerario grandioso y un altar para que lo adorasen a su muerte. Un poco más y se proclama semidiós... Pero ahora sus restos mortales van a ser desenterrados y desterrados sin

contemplaciones de aquel feo mausoleo que ni de lejos pudo rivalizar con el de Halicarnaso, aunque lo pretendió.

ÉACO: ¿Y adónde piensan llevarlos, Menipo? Porque habiendo sido tal como lo pintas, no se hallará fácilmente un recinto que esté dispuesto a alojarlos.

MENIPO: Pues aunque no lo creas, Éaco, el ya infame general sigue teniendo partidarios. Y hay parientes y sacerdotes de la religión que lo ayudó a encumbrarse que aceptarían de buena gana acogerlos en otro templo de importancia para continuar su culto y seguir venerándolo.

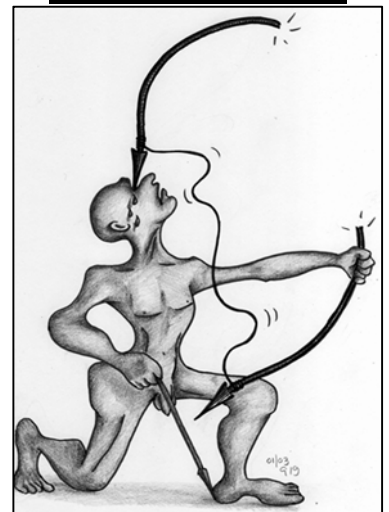
ÉACO: ¡Qué me dices, Menipo! En verdad creo que ese país debe de estar lleno de locos y averiados... ¿Y los dignatarios que han ordenado su expulsión del mausoleo consentirán que una cosa así suceda?

MENIPO: Todo podría ocurrir, Éaco, porque son unos pusilánimes, pero creo que el pueblo aboga directamente por arrojar sus cenizas a las aguas del Leteo... Y en los agitados tiempos que aquellas gentes viven, el pueblo anda soliviantado y no estará dispuesto a que una vez más se incumpla su mandato, supongo...

ÉACO: ¡Pues que así sea, Menipo! Ahora ya sólo queda que me reveles el nombre del infausto general.

MENIPO: No lo recuerdo, Éaco. A mí ya se me ha olvidado.

## ARCO como pretexto



*El arco se rompió  
y un extremo de su vara violentada  
vino a clavarse en el ojo del arquero:  
así supo  
que había tensado demasiado*

G. White ("Poemas sueltos", 1993)